

LOS POBRES

Un libro interesante

Un libro cayó en mis manos. Me interesó el título: "Coloquio sobre los pobres". Y me atrajo su autor: Amintore Fanfani. Comenzando por el padre del libro, debemos envidiar a una nación que ha sabido poner al frente de su gobierno a un hombre de la talla cristiana, sabia y moral de Fanfani.

Profesor de Historia Económica en la Universidad Católica de Milán, no se ha contentado con rebuscar ciencia en las Bibliotecas y revistas; volcarla luego en sabias elucubraciones desde su Cátedra o condensarla en libros tan interesantes como "Cristianismo y Capitalismo".

Para encarar algunos problemas de actualidad ha bajado a los barrios más miserables y, acompañado de sus discípulos, lápiz en mano, ha ido realizando encuestas, base y material para doctas tesis de grado; para nutridos artículos de revistas y para páginas condensadas de libros.

Entusiasta de la doctrina social católica, ha formado en la vanguardia del partido social cristiano de Italia y tras ocupar con energía y acierto la Secretaría del partido, el Presidente Gronchi, después de las últimas elecciones, lo llamó a formar Gobierno. Al frente de él lo tiene Italia en el año 1959.

Los pobres

Este es un fenómeno social muy grave y lo seguirá siendo. Han soñado algunos que una organización social más perfecta puede llegar a eliminar la pobreza. Más acertada es la idea de Jesucristo en inculcar el precepto de la caridad y afirmar la realidad de que "siempre tendréis a los pobres entre vosotros". La Historia le va dando la razón.

Pero dejando este aspecto, prefiero insistir sobre un punto de máximo interés. Con frecuencia se oye decir que los pobres son pobres porque ellos lo quieren; que ellos mismos son la causa de su pobreza: los creadores de su angustiosa situación.

Siempre los extremos son falsos; y tanto se aleja de la verdad quien opina que todos los pobres son inocentes ante su situación, como quien los juzga únicos responsables de su miseria.

Juega, sin duda, gran papel en la pobreza el desarreglo moral que estanca el bienestar de la vida con la pereza, los despilfarros, las despreocupaciones y la

imprevisión ante el futuro. Pero de ninguna manera justifica la actitud indiferente de los que se encogen de hombros, como si nada hubiera que hacer y como si la víctima recogiera en el castigo el fruto de su sementera.

Tú lo quisiste Fraile Mostén

Tú lo quisiste, tú te lo ten.

Y algo se acercan a esos indiferentes quienes, invocando altos principios de moral, asumen la misma actitud glacial con la máxima de que "No se debe fomentar el vicio".

No recapacitan los tales que son muchas las causas forjadoras de esa lastra social, ajenas completamente al infeliz que vive en la miseria. Porque un fenómeno ha caracterizado nuestra época: el desencadenamiento de guerras que, por su extensión, abarcaron el mundo; por su duración y efectos destructores sembraron catástrofes. La miseria en escala y profundidad nunca conocidas ha sido su cosecha. Y muchos combatientes, en parte por prejuicios que abarcan también a enfermos curados y a regenerados, no consiguen entrar en fábricas y oficinas.

La misma familia, hoy tan resquebrajada y reducida, no puede extender las alas de su protección sobre aquellos que antes acogía con cariño. Ese es el espantoso problema de la vejez que, en el ocaso de su vida, no siente el abrigo del hogar. Quien analice estas causas verá que en ellas va generándose el efecto de la pobreza, sin que tenga culpabilidad ninguna quien la sufre.

La Escuela en Venezuela y la pobreza

La escuela nuestra parece organizada en forma tal que la inmensa mayoría de sus alumnos debe caer en la pobreza. Corren nuestras primeras letras por un cauce común que constituye la instrucción primaria; sigue luego su curso por el Bachillerato, para desembocar finalmente en la Universidad. Es cierto que ha habido algunas variaciones en los programas; alguna diversificación en el Bachillerato; creación de nuevas Facultades en la Universidad. Pero el problema se plantea ante todo y sobre todo para los que terminan el 6º grado, o sea, para la gran mayoría. Por diversas razones no pueden continuar sus estudios y para hacer frente a la vida no tiene más solución que el trabajo en el campo o la ciudad. Ahora bien; esa instrucción primaria no prepara ni para las oficinas ni para las profesiones manuales, ni para la agricultura ni para la ganadería. Necesariamente el joven tiene que comenzar a trabajar asimilando la ense-

fianza en forma autodidacta. Prácticamente de nuestra escuela sale el peón. A fuerza de ver y oír y cometer desaciertos, conseguirá, tras años penosos, el subir de nivel y tal vez trabajar por cuenta propia. Pero siempre será muy rudimentaria esa profesión. Albañiles he conocido que, después de 40 ó 50 años, son incapaces no sólo de hacer los planos más sencillos, los cálculos más insignificantes, sino hasta de leer unos planos en escala.

En el campo, al lado de sus padres, se enquistan en una tradición esterilizadora que no toma en cuenta ni los avances de la ciencia ni las ventajas de la técnica. Siguen como siguieron sus padres y cosechan lo que cosecharon sus padres: la miseria.

Pone en irritante evidencia este fenómeno la inmigración. A pesar de su situación desfavorable, por el clima, la lengua y el medio ambiente, el extranjero se sitúa con mucha más facilidad que el nativo; es más solicitado que el criollo y halla en sus iniciativas nuevas formas para desarrollar sus aptitudes. Es que traen mejor preparación. Su escuela ha sido más especializada; conocen mejor los problemas de sus oficios y la solución técnica que se les da. Ante eso nada puede una tradición conservadora, por completo estéril; ni la vivacidad natural, incapaz de competir con los estudios de estaciones experimentales, laboratorios y especializaciones.

No hay duda que el retraso que tracemos en la Escuela, el aumento de población y el porcentaje de analfabetos, absorberá gran parte del Presupuesto de Educación. Pero debe recordarse que, si no queremos crear una descendencia de peones, la atención debe concentrarse:

- a) En Escuelas Profesionales.
- b) Escuelas de Artes y Oficios.
- c) Escuelas de Agricultura.
- d) Escuelas de Ganadería.

Otros pueblos han confrontado estos problemas y los han solucionado o por menos han tenido tentativas para ello. Sin que sea partidario de trasplantar la forma de la solución, creo que entre los extremos de importación de soluciones y la inventiva de ellas, hay un término medio: el de la adaptación.

Hay una tendencia marcada, sin duda con algunas ventajas, pero en definitiva con resultados desastrosos, de levantar los edificios escolares en grandes ciudades. Las Escuelas deben crearse para el medio concreto y en las zonas apropiadas. Porque si, sobre todo la enseñanza agrícola, se da en ciudades de confort

moderno, por más lirismo que dediquemos a las faenas del campo, recias y ásperas por su naturaleza, no podremos retener al trabajador que será succionado por los halagos de la ciudad luminosa.

Causa profunda tristeza que el Ministerio se entretenga en filigranas y primorosos detalles, mientras descuida este magno problema. Nuestra educación debe mirar de frente a la vida. Por ser los factores morales los que la gobiernan y encauzan, debe insistirse sobre ellos; no exclusivamente, pero sí con preferencia. Sigue luego la formación técnica que, poniendo en las manos de nuestros alumnos los métodos e instrumentos más modernos, impulsarán con eficiencia la producción.

No urge la creación de nuevas Universidades de tipo clásico. Son excesivas las que existen con las recientemente creadas. Porque, prescindiendo de las dificultades económicas que gravitarán fatalmente sobre el Presupuesto de Educación, la selección del Profesorado queda gravemente entorpecida. Llámese como se quiera—Universidad Laboral, Instituto Técnico, Artes y Oficios, Escuelas Profesionales—su creación respondería más eficazmente a nuestras necesidades actuales. De otra manera, nuestra escuela primaria irá ofreciendo a la Patria, cada vez en escala mayor, esa generación que hoy tanto nos preocupa: Los zagaletones.

Desgraciadamente puede más la apariencia que la realidad. Influye más la vanidad que el provecho

SIC ha martillado tercamente sobre este tema. El pasado mes de abril la competente pluma de J. F. Corta estampaba las siguientes afirmaciones:

“Pero aún queda el problema más grave que confronta la escolaridad obligatoria, y es la de proporcionar a la mayor parte del proletariado que no ha de seguir estudios ulteriores, una educación de tipos diferentes, atrayente y verdaderamente provechosa, con personal suficiente y cualificado. Muchos padres de familia no envían a sus hijos a la escuela porque no ven en ella cosa útil para sus hijos, o porque la instrucción impartida no responde a las necesidades de los adolescentes. Fácilmente habrá en Venezuela más de 300.000 jovencitos de edad de 11, 12, 13 y 14 años que no van a la escuela; lo grave de la situación es que todos los años entran en ese conglomerado unos 100.000 nuevos candidatos a la miseria intelectual y económica.”

Este es nuestro más grave problema escolar. Frente a él la creación de nuevas Universidades no tiene sentido. Hoy nuestra escuela es fábrica de miseria y pobreza para la gran mayoría de sus alumnos. No son los jóvenes responsables de la impotencia en que se encuentran; ni más tarde, cuando hombres, no puedan, por incapaces, trabajar, podemos echarles en cara su inutilidad. Tienen una respuesta contundente y una acusación concreta: "Venezuela, con su escuela, nos redujo a este estado".

Incapacidad para el trabajo

Pesan sin duda definitivamente estas razones para modificar el juicio, por lo menos en aquella su forma generalizada. Pero por si algunos se aferraran aún a su juicio aduciremos brevemente otros dos o tres capítulos, íntimamente ligados con las causas de la pobreza.

Son muchos los que, aunque quieran, no pueden trabajar. Forman filas en esa legión de impotentes los enfermos físicos y mentales, los niños, los ancianos. La moderna medicina ha agravado el problema, sobre todo con la geriatría, prolongando la existencia de la ancianidad, sin aumentar proporcionalmente el vigor de las facultades para el trabajo. Sumados todos esos factores a las exigencias de las empresas en cuanto a salud, edad... como causas eliminatorias, son muchos los miles que no pueden aspirar al trabajo por más que lo quieran.

Desempleo

Tampoco son los pobres culpables de ese fenómeno que brota en las sociedades modernas en impresionante escala. Una gran mayoría de la sociedad tiene como único medio de vida el trabajo diario. Pero no hay trabajo; sobreviene el desempleo. ¿Quién tiene la culpa de la situación de miseria en que cae esa mayoría?

El 23 de enero de 1958 reventó el cáncer que minaba a una gran parte del pueblo: desempleo. Para solucionar la apremiante necesidad se lanzó un plan de emergencia; forma un tanto disimulada de donación para el necesitado. Otro plan de emergencia se hizo necesario a los pocos meses; pero esta precaria solución, que no representa más que un alivio momentáneo, delata el grave problema de parte de la población que vegeta en la miseria.

Y a esto debe añadirse la desproporción entre el salario y el costo de la vida, junto con la distribución desigual de los

impuestos y tributos de la ciudadanía. Hay datos que irritan y patentizan la base injusta sobre la que levantan algunas naciones las obligaciones presupuestarias.

Recogemos por ejemplo aquí el caso que cita Villar Palasí hablando de España. El 70% de la riqueza se halla en manos de una verdadera minoría que se cifra en el 15% de los españoles. Mientras una gran masa, el 85% sólo dispone del 20% de la riqueza nacional.

Por otra parte, las clases económicamente más débiles soportan el 70% de las cargas fiscales y la minoría de afortunados soporta solamente el 30% de dichos impuestos.

Con estos sistemas, por ley ineludible, la riqueza, en proporción creciente, entra en ancha corriente a los depósitos de una minoría, mientras apenas gotea, cada día más escasa, en los hogares de una inmensa mayoría. No exageran los metropolitanos españoles, sino que descubren la dura realidad cuando en su declaración del 15 de agosto de 1956 estampan lo siguiente:

"Es evidente que hoy en España muchísimos individuos de la clase media y de los obreros cubren con dificultad las partidas más indispensables de sus modestos presupuestos, a la par que aumenta el número de ciudadanos que disfrutan de rentas reales como nunca entre nosotros se había conocido."

No pueden descansar las naciones sobre sistemas tan absurdos que van a reforzar las diferencias sociales. Urge la creación de estructuras que sean mucho más equitativas. Ni se puede pensar en las organizaciones asistenciales sostenidas por la caridad, por ser incapaces para la magnitud del problema y por tener su solución más humana, cristiana y adecuada en la Justicia Social.

Sin querer cubrir a todos los pobres, en su estado de miseria, con el veredicto de su inculpabilidad, mucho menos debemos condenarlos con la sentencia de su culpabilidad. Un conjunto de causas, inevitables para el individuo, lo condena a la pobreza. Trabajemos ante todo por extirparlas; y en el entretanto colaboraremos por aliviar la triste situación de los pobres.

VICTOR IRIARTE S. J.